

Acercamiento teórico crítico al discurso de las mujeres



IZTAPALAPA

Agua sobre lajas

*Lidia Rodríguez Alfano**

Resumen: En este artículo se presenta un panorama de las explicaciones dadas a las diferencias en el habla de mujeres y hombres. Comprende debates entre: a) explicaciones biológicas —naturaleza de los sexos— versus criterios sociológicos —relación del ser humano con la cultura—; b) posturas feministas en los paradigmas de la homogeneidad versus la heterogeneidad que contempla los complejos factores y ámbitos —económicos, laborales, educativos...— con los que se relacionan los hábitos lingüístico-discursivos de la infancia que repercuten en la diferenciación genérica del discurso; y c) paradigmas posmodernistas y postestructuralistas que asientan la posibilidad de que tal diferencia se vea reforzada mediante prácticas que perpetúan la reproducción de ideologías paternalistas admitidas y avaladas sin cuestionamiento alguno. De este acercamiento crítico a cada postura se concluye que la conciencia del peso del discurso puede reducir la brecha entre los géneros.

Palabras clave: sexo/género, homogeneidad/heterogeneidad, ideología paternalista.

En este artículo me propongo ofrecer un panorama de las explicaciones dadas a la diferenciación del discurso según el género del hablante. Con este objetivo he retomado, en parte, las revisiones realizadas por Trudgill (1983), Aebischer (1985), Cameron (1995 y 1997) y Barret (2002), y complemento esa revisión con propuestas que derivan de mi experiencia como coordinadora de un equipo de investigadores que trabajan con datos proporcionados por “El Habla de Monterrey”, que actualmente dirijo.¹

* Universidad Autónoma de Nuevo León; áreas de investigación: sociolingüística, análisis del discurso y semiótica de la cultura. Tigres núm. 3212, colonia Estadio, 64830, Monterrey, Nuevo León. Correo electrónico: lrdza@prodigy.net.mx

¹ Entre las integrantes de ese equipo se hallan investigadoras que ya tienen el grado de doctora, así como estudiantes del doctorado, pasantes de la maestría o de la licenciatura. El objetivo común es

Los presupuestos de los cuales parto son: 1) las estrategias discursivas varían según el género del emisor, en correlación con su edad y nivel de escolaridad, 2) pueden funcionar como marcas de identidad de un grupo socialmente diferenciado, 3) la adscripción del sujeto a ciertas formas de hablar implica, por tanto, un doble proceso de identificación a la vez genérica y socioideológica, y 4) el conocimiento generalizado de los funcionamientos socioculturales que subyacen en la diferencia del habla de hombres y mujeres puede contribuir a hacer conciencia de las actitudes sexistas que perjudican no sólo la comunicación intra o intergenérica, sino también la injusta discriminación laboral y social de la mujer.

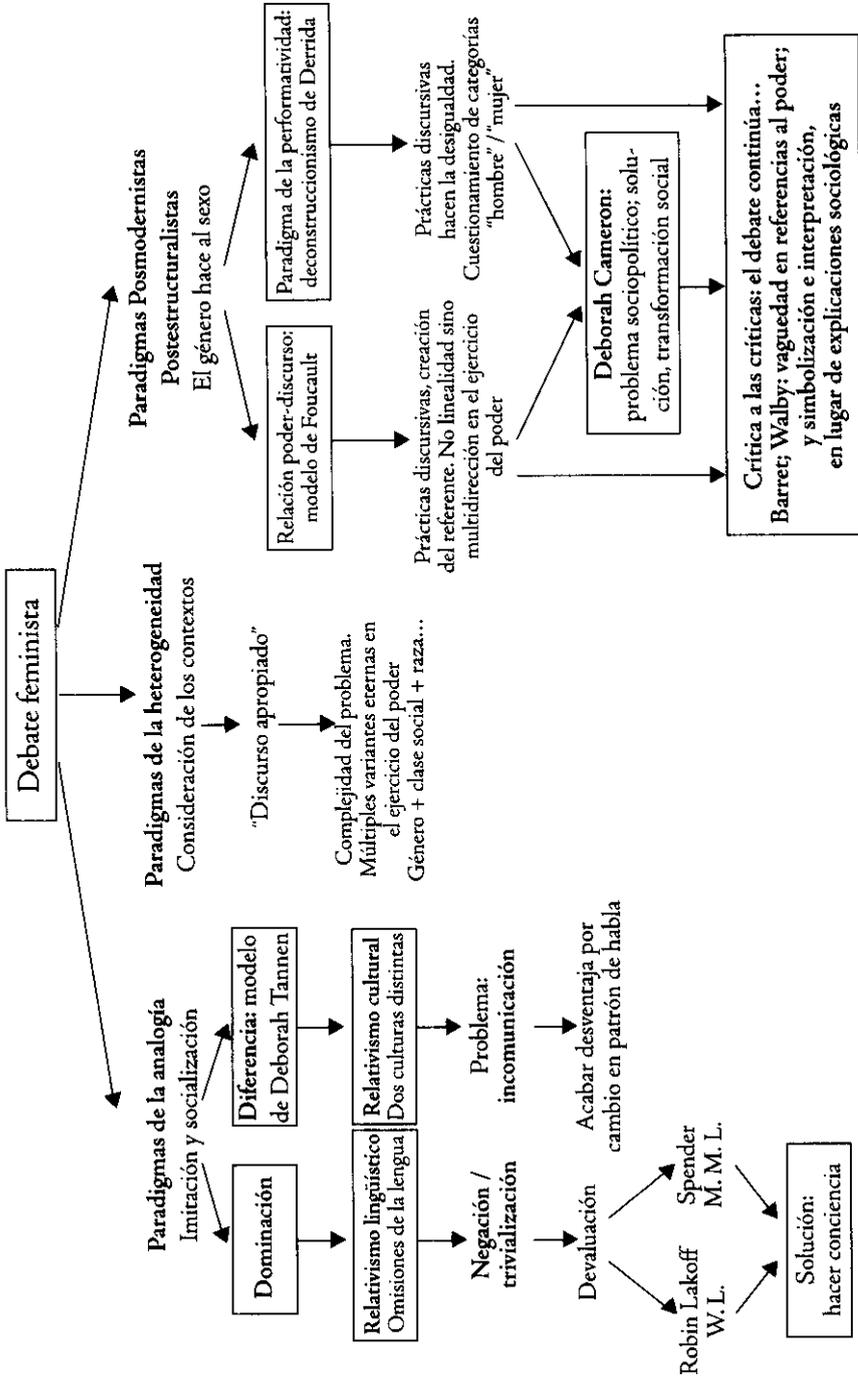
En los cuadros 1 y 2 expongo una síntesis de las posturas revisadas y su ubicación en los paradigmas correspondientes.

Debate: naturaleza *versus* sociedad

La discusión sobre el origen de las diferencias en el discurso de las mujeres y de los hombres ubica dos grupos de paradigmas explicativos: los que plantean que tales diferencias son de índole natural, en cuanto la especie humana está separada en dos sexos, y cada uno de ellos tiene un funcionamiento biológico distinto; y los que proponen que la distinción entre los géneros masculino y femenino no

relacionar las formas de hablar con el género (masculino/femenino) de los participantes en entrevistas de "El habla de Monterrey", proyecto sociolingüístico iniciado en enero de 1985. Entre los estudios que en este momento están a punto de concluirse se encuentran: el análisis de la narración (estructura y recursos), con base en Van Dijk y Labov, por parte de la doctora Claudia Reyes; un enfoque analítico de la descripción, según propuestas de la Escuela de Neuchâtel, que la caracterizan como una de las macrooperaciones de la lógica natural, y según planteamientos de la semiótica del gusto provenientes de la Escuela de Tartu, aplicados a la descripción de procesos en recetas de cocina, por la estudiante del doctorado Alicia Verónica Sánchez; el examen de las referencias a Dios, con base en la lingüística crítica, por la estudiante del doctorado Laura García; un enfoque de la modalización discursiva marcada en verbos de opinión, también con base en la lingüística crítica, por la estudiante del doctorado Sara Alicia Ancira; indagación de las interrupciones en los turnos de la conversación y la respuesta a estas interrupciones, ya sea con el silencio o ignorándolas, por la pasante de maestría Dafne Alanís; la relación del habla oral y el lenguaje de la literatura, por la estudiante del doctorado Eugenia Flores; análisis de la deixis pronominal a partir de propuestas de Benveniste y Ducrot, y entendida, con Reboul, Van Dijk y otros autores, como marca del funcionamiento ideológico del discurso, por las pasantes de licenciatura Julia Barrios y Claudia Camero; la identificación de las funciones de la risa desde perspectivas psicossociológicas, por la pasante de licenciatura Alejandra Padilla; y de las funciones del diminutivo y de los hipocorísticos (nombres "de cariño" en cuanto no sólo remiten al sentido de pequeñez, sino también de apelación afectiva o bien de degradación valorativa), por la pasante de licenciatura Luisa Berenice Mendoza; y de los usos de eufemismos como manifestación de la cortesía, por la pasante de licenciatura Rebeca Rangel.

CUADRO 1



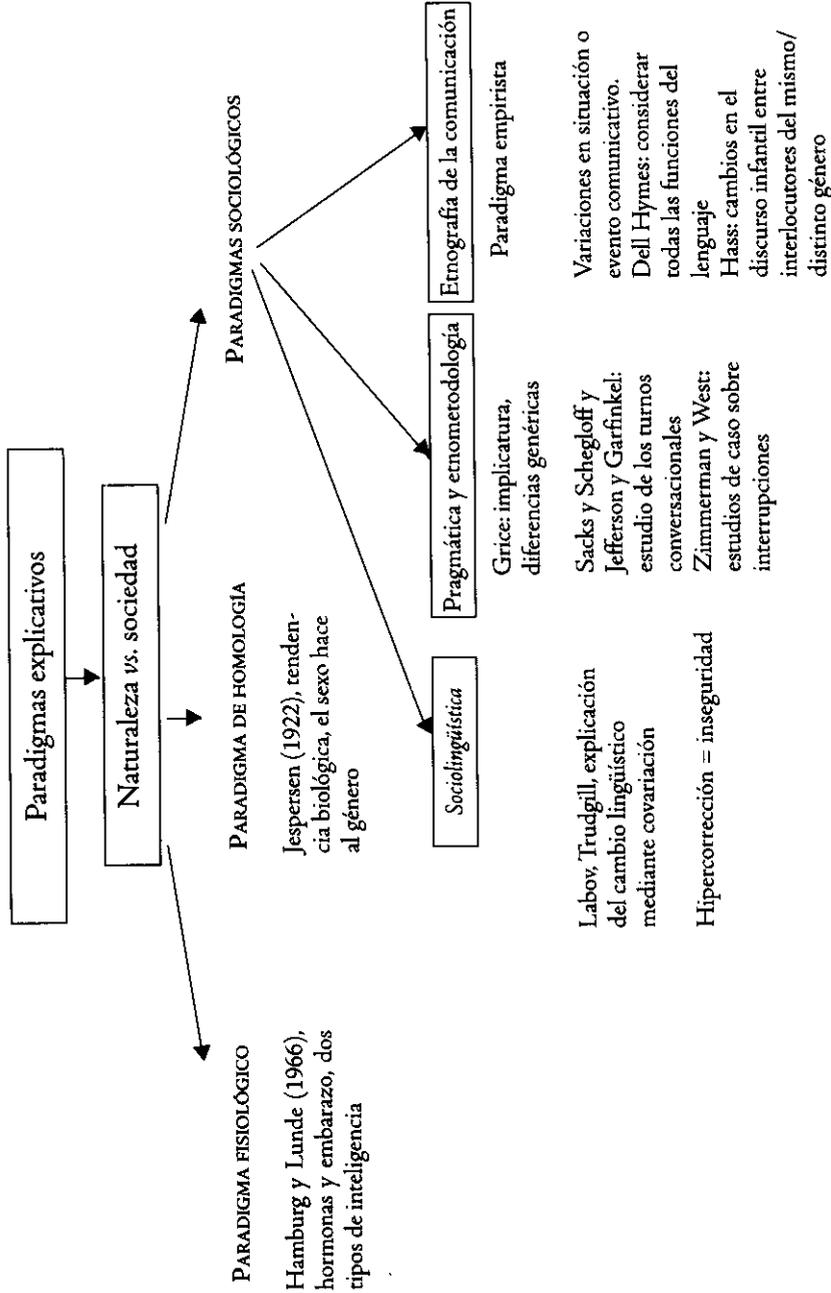
necesariamente tiene que ver con el sexo sino con la vida social que, desde antes de nacer, y sobre todo después, impone a cada individuo una serie de comportamientos como "propios". Con base en ese debate inicial surgieron explicaciones fisiológicas (Hamburg y Lunde, 1966) vs. sociológicas de la distinción genérica, y una postura intermedia, la de los *paradigmas de la homología* (Mathieu, 1989) según los cuales, a las "tendencias naturales" de cada sexo (Jespersen, 1992) la vida en sociedad ha hecho coincidir modelos de comportamiento diferenciados que se transmiten y perpetúan a través del proceso de socialización (cf. Aebischer, 1985: 30 y 46 y Cameron, 1997: 22).

La de mayor interés es la tercera forma de explicar las relaciones lenguaje-género, que se centra solamente en consideraciones sociológico-culturales y aun políticas, y deja de lado las referencias a lo anatómico, genético o fisiológico-hormonal; más bien explica las diferencias como producto de la cultura o del ejercicio del poder. Se trata de proposiciones sociolingüísticas o pragmalingüísticas, por una parte, y del debate feminista, por la otra. Este tipo de estudios comprende: 1) los enfoques de la covariación sociolingüística para explicar el cambio lingüístico sincrónico establecido originalmente por Labov y revisado por Trudgill, y 2) las propuestas de la pragmalingüística sobre las máximas conversacionales de Grice, que son retomadas por estudiosos de la comunicación intercultural (Gumperz) y de la etnometodología para ofrecer material empírico sobre el cumplimiento o alteración de esas máximas (sobre todo cooperación/competencia).

En su revisión más reciente de la hipercorrección, Trudgill (1983, cap. 9) expone las críticas hechas a explicaciones de Labov a ese rasgo del discurso de las mujeres como una tendencia del conservadurismo vs. la búsqueda de innovaciones por parte de los hombres. Entre ellas destaca las referentes a que:

- a) desde las fases tempranas de la adquisición del lenguaje las mujeres muestran mayores habilidades para el manejo lingüístico, lo que explica su capacidad para adoptar los usos estándares que devienen rasgos de prestigio;
- b) en algunas culturas, el empleo de rasgos de prestigio es indicador de cortesía, *versus* el habla de la clase obrera a la que se le hacen corresponder atributos de masculinidad (véase el estudio de Holmes, 1997, en Nueva Zelanda);
- c) los hombres se mueven en la esfera de la economía donde impera la competencia y la ambición, mientras las mujeres lo hacen en el ámbito familiar, donde sigue imperando la autoridad (véase la investigación de Togeby, 1978, en Escandinavia);

CUADRO 2



- d) las connotaciones que en ciertas sociedades se añaden al empleo de las formas lingüísticas usadas por las clases menos favorecidas: libertinaje sexual (cf. el trabajo de Elizabeth Gordon sobre Nueva Zelanda).²

Frente a estas apreciaciones, Trudgill ofrece sus propuestas explicativas relativas a la adecuación social del discurso a normas que rigen la conducta en forma inconsciente.

En los estudios pragmalingüísticos, Trudgill encuentra críticas a las reglas de la conversación propuestas por Grice (1989), quien postula el principio de cooperación como el más general y una serie de máximas subyacentes a la conversación. En esta línea articulada con la etnometodología, registra los resultados que reportan Sacks y Schegloff (1972), Jefferson (1973) y Garfinkel (1967) acerca de la violación de las reglas de la implicatura, especialmente la que atañe a la continuidad del tema de conversación y el respeto a los turnos, en el sentido de que sólo en consideración del contexto sociocultural se puede llegar a conclusiones válidas. Asimismo, al centrar el interés en la relación lenguaje-género en el discurso de profesionales y estudiantes, Zimmerman y West (1975) encuentran que las interrupciones del turno funcionan como índices de dominación sobre el interlocutor.³

Desde la perspectiva de la etnografía de la comunicación, Dell Hymes y Gumperz (1972) rechazan la sola consideración del individuo como máquina que responde (ataque a Labov) y propone que se incluyan todos los contenidos del acto comunicativo (quién le habla a quién, cuándo, dónde, para qué...) y se tomen en cuenta todas las funciones del lenguaje definidas por Jakobson. En aplicación de este señalamiento al estudio de la relación lenguaje-género, Aebischer reporta un estudio de Haas (1978: 45-47) sobre conversaciones entre niños cuando su interlocutor es del mismo sexo *versus* cuando es del sexo opuesto, donde se comprueba que cambian los temas de conversación de acuerdo con la situación concreta.

² En estos reportes de Holmes y Gordon se aclara que en Nueva Zelanda el empleo de rasgos de prestigio es indicador de cortesía mientras que al habla de la clase obrera se le atribuyen características de masculinidad lo cual corresponde a la interpretación que Bourdieu hace de la hipercorrección de la clase media (el hablar apretado) con base en su concepto de *habitus*.

³ Sin embargo, Aebischer (1985: 46-50) anota que (desde la perspectiva de la etnometodología de Zimmerman y West [1975] sobre interrupciones del turno y dominación), Alegría (1978) propone que tales interrupciones no son tanto signos de violación a las reglas conversacionales, sino que sirven más bien para indicar asentimiento, interés, deseo de avanzar en el tema, reflexiones del interlocutor o intención de éste por resumir lo dicho, o bien su deseo de hablar, ayuda hacia el emisor para terminar una frase, y aun participaciones compartidas por dos interlocutores que hablan al mismo tiempo.

El debate feminista

Mathieu (1989) distingue en los estudios feministas dos posturas: el paradigma de la analogía y el de la heterogeneidad (Cameron, 1997: 29). En el primero subsucen como presupuestos básicos las propuestas de la relatividad cultural sostenida por la antropolingüística (Boas y Sapir) y la etnografía de la comunicación (Dell Hymes y Gumperz) y planteamientos del relativismo lingüístico que, de acuerdo con la hipótesis de Whorf, enfatiza el determinismo de la lengua sobre las concepciones del mundo que propicia u obstaculiza. Con base en estos señalamientos se concibe la relación lenguaje-género como producto del proceso de socialización y se sustenta el debate feminista sobre dos formas de entender el relativismo lingüístico y/o cultural: una que plantea esa relación en términos de dominación masculina, y otra que establece sólo diferencias en el lenguaje de cada género y no de dominación (Aebischer, 1985: 44 y ss.). La primera de estas propuestas identifica las diferencias entre el estilo de habla de las mujeres y de los hombres como manifestación del dominio que tradicionalmente han ejercido éstos sobre aquéllas. Los enfoques comprenden: a) la consideración de la permanencia de estereotipos que supuestamente perpetúan las diferencias intergenéricas y críticas moralistas; b) la evidencia de la exclusión de las mujeres en el uso de lenguas pidgin de uso comercial; c) la conciencia de que la lengua es creación masculina y refleja sólo los valores de este género humano; d) la diferenciación de los roles sexuales afianzada en los procesos de socialización; y e) la incidencia de la imitación de los adultos por parte de los niños en los procesos de identificación edípica.

Por su parte Moscovici (1961, 1976 y 1979) explica la diferencia en el habla de hombres y mujeres como producto de la pervivencia de estereotipos según los cuales los hombres serían "objetivos aunque escandalosos", y su hablar "sensato", mientras las mujeres tenderían a mostrarse "emotivas y volubles", y a "parlotear sin sentido" (Aebischer, 1985: 55-57); y otras perspectivas son más bien moralistas, como la de Ochs (1974): asociación del estilo directo con el discurso de las mujeres y del indirecto con el de los hombres, con demostraciones empíricas de que cuando una comunidad identifica un estilo como propio de uno o del otro género parte de un presupuesto de que esa distinción está dada por "la naturaleza" y no la especifica como resultado de la socialización. Además, en los estudios de la relación en clase, realizados por French y French (1984) y Spender (1980) se muestra cómo los maestros, inadvertidamente, dan más atención a estudiantes varones que a las mujeres (cf. Cameron, 1997: 26 y Ayim, 1997: 38-39). Sankoff (1980) reporta cómo en el uso del tok pisin en Papúa Nueva Guinea se excluye a las

mujeres, pues sólo a los hombres les es permitido tratar con extranjeros, esto es, la dominación colonial marcada en un pidgin refuerza la dominación sexual del lenguaje.⁴

Una de las denuncias feministas más enfática afirma que las lenguas sólo reflejan posturas masculinas, dado que fueron creadas por los hombres (Spender, 1980) y, por tanto, manifiestan únicamente sus puntos de vista. Al respecto, Irigaray (1993: 30-31) muestra cómo en la lengua se manifiesta la incidencia de la diferenciación social de los géneros que refuerza prácticas de dominio de los hombres sobre las mujeres.⁵ Lakoff (1975) añade que la relación de la conducta y los roles de género aprendidos en la infancia mediante procesos de socialización, donde se refuerza en las mujeres una representación simbólica de la debilidad, es consecuencia de la dominación tradicional (de la que no se cuestiona su origen ni su permanencia) por parte de los hombres. Propone la existencia de un *Woman Language* (WL) con rasgos en los niveles fonológico, léxico (selección y tabuización de palabras) y morfogramatical (pronombres, conjugación). También en un estudio de caso, Sacks (1987) observó el comportamiento de niños y niñas de 24 a 64 meses en una sesión de juego con material de "doctores"; el resultado es que los niños le dicen a sus interlocutores el rol que deben adoptar, el emisor elige siempre el de mayor prestigio y se dirige al otro en tono imperativo: el de "el doctor". En cambio las niñas preguntan sobre el papel que la otra quiera interpretar, se interesan por ser "el paciente", "la mamá" o "el bebé" y aun sugieren que puedan ser dos doctores o dos pacientes (lo que no hacen los niños); además, se hablan en forma solidaria "vamos a jugar a que...", y emplean muchas *tag questions*. De estos contrastes la autora concluye que la variación por género es: lenguaje de dominación con toma de decisiones, en los niños, vs. cooperativo y de cortesía, en las niñas.⁶

En oposición a la postura sobre la dominación/sumisión, otro grupo de feministas propone la relación lenguaje-género en términos de diferencia, a fin de evitar prejuicios que de antemano señalen la inferioridad de las mujeres. En este grupo se ubican autoras que han demostrado con datos empíricos que la mayor parte de los rasgos señalados por Lakoff para el WL cumple una función de acuerdo con el evento comunicativo en el que se presentan; por otra parte, Deborah

⁴ Trabajos revisados por Ayim (1997: 26).

⁵ Por ejemplo, en la regla de la sintaxis que exige nombrar en masculino (y nunca en femenino) a la referencia a ambos géneros gramaticales ("ellos", "éstos"...), y la tendencia a denominar en masculino a lo neutro: Dios (quien se entiende sin sexo) y "el hombre" en referencia a "los seres humanos", designación (de nuevo masculina) que remite tanto a los hombres como a las mujeres.

⁶ Trabajos revisados por Cameron (1997: 25-27) y Ayim (1997: 45-46 y 65-66).

Tannen (1982 y 1990) consigue popularidad en el mundo entero al formular, siguiendo a Gumperz (1982), que las diferencias de género sean tratadas como las interculturales que obstaculizan la comunicación entre miembros de dos culturas distintas.⁷

En el paradigma de la heterogeneidad se da por sentado que el género construye el sexo, y no a la inversa. Las diferencias son entendidas como producto de la división histórica basada en el ejercicio del poder por un grupo (en este caso, el de los hombres) que se realiza en forma similar al que se justifica con racionalizaciones sobre la división "natural" de razas o etnias. Así, se va más allá de la simple consideración de la lengua y el género de sus usuarios, y sugiere que las diferencias se enfoquen en contextos más amplios, que van desde los situacional-comunicativos hasta los sociológicos que remiten a la posición de los sujetos en una estructura institucional o social dada, y de la relación poder-ideología-discurso.

Ampliación de la perspectiva: consideración de contextos

Otras posturas afirman que la relación del lenguaje con el solo factor sexo/género no es suficiente y, por tanto, para explicar los usos discursivos no basta probar cómo fue socializado el individuo (Ayim, 1997: 59). En esta línea de pensamiento pudieran incluirse autores como:

- a) Ayim (1997: 38-39), quien ofrece ejemplos de su experiencia exhibiendo cómo la dominación masculina es una realidad e incide en el discurso, y se adhiere a la propuesta de Kramarae (1981) sobre la necesidad de considerar la estructura social al estudiar la relación lenguaje-género (Ayim, 1997: 78). Asimismo señala que Tannen, al describir la comunicación cruzada entre "culturas" de hombres y de mujeres, ignora "la aplicabilidad de los parámetros morales a este tipo de patrones de habla" (Ayim, 1997: 78). Expone tres posturas críticas sobre el vocabulario en relación con el género: un lenguaje que excluye a las mujeres (ejemplo en nombre de títulos profesionales: ingeniero, médico...), el que las trivializa (lo que se manifiesta en apelativos como muñeca, chula, o bien chachalaca, etcétera), y el que

⁷ Cf. Cameron (1997: 23-31) y Ayim (1997: 28-36, 45 y 64) para documentar la serie de críticas surgidas ante las posturas de Lakoff y de Tannen y que han sido expuestas por Cameron en la ponencia que presentó ante la X Conferencia Internacional de AILA, llevada a cabo en Amsterdam, 1993.

las devalúa (como cuando se llama "mariquita" a hombres cobardes, se alude a tener agallas cuando se muestra valor, Casanova o don Juan a los infieles, entre otros) (Ayim, 1997: 136-153).

- b) Cameron (1997), quien sostiene que Tannen generaliza la referencia al designar como rasgos del "habla de las mujeres/de los hombres", cuando son sólo resultados de análisis aplicados a discursos emitidos por sujetos blancos de la clase media de los Estados Unidos; y Leet-Pellegrini (1980) cuando asocia, en su estudio sobre intervenciones en concursos de TV, los factores *sexo* y *expertise*, con el presupuesto de que hay que considerar algún rasgo del contexto pragmático y no sólo el género.⁸
- c) Erickson *et al* (1978), quienes afirman que los rasgos señalados como característicos del habla de las mujeres (uso de intensificadores, *tag questions*, formalidad gramatical y entonación especial a las declaraciones, así como fórmulas de cortesía) son más cercanos a manifestaciones de poder y estatus dentro del grupo social y no de relación dependiente 100% del factor género.⁹

De este modo, las propuestas de ampliar la perspectiva piden que el problema se ubique en contexto incluso en las dimensiones de lo discursivo-situacional o sociológico, o bien que el punto de vista se abra hasta tener en cuenta las condiciones de producción y recepción del discurso.

Paradigmas posmodernistas-postestructuralistas

Sylvia Walby (2002: 48-49) apunta que en las críticas postestructuralistas expuestas, en torno a las explicaciones de las diferencias en el discurso de mujeres/hombres, por el feminismo contemporáneo, subyacen: el deconstruccionismo de Derrida; el análisis del discurso de Foucault y el posmodernismo de Lyotard.

Siguiendo al DECONSTRUCCIONISMO en estas críticas se especifica que los conceptos de *patriarcado* y de *mujer* se han manejado desde perspectivas esencialistas. Contra estas posiciones, las feministas posmodernas parten de que "la noción 'mujeres' y 'hombres' se disuelve en constructos sociales cambiantes y variables que pierden coherencia y estabilidad con el paso del tiempo" (Walby, 2002: 49). En consecuencia, realizan estudios encaminados a descomponer la noción

⁸ Revisión de Ayim (1997: 72-76).

⁹ Reporte de Ayim (1997: 62-63).

de mujer, con objeto de identificar las formas en que se representa la *femineidad* en distintas culturas y contextos. Surgen entonces señalamientos construccionistas que comparan individuos o grupos sociales que se representan a sí mismos con el poder para cambiar su entorno *versus* otros que adoptan actitudes según las cuales toda solución de problemas (personales o sociales) ha de venir de lo externo (al sujeto o al grupo). De este modo se amplía la concepción del sujeto hablante hasta considerar dimensiones que van más allá de las de la sociolingüística canónica y aun de las propuestas etnolingüísticas y etnometodológicas, e incorporan elementos psicosociales capaces de dar más luz al fenómeno estudiado.

En este sentido, Houdebine (1985) hace ver cómo, al identificar el *imaginario lingüístico* que subyace al uso de la lengua en relación con el género, es necesario considerar los juicios del sujeto, sus actitudes y su representación de los interlocutores, de modo que el concepto de norma (como se entiende en la sociolingüística) se amplíe hasta llegar a implicar la intervención del sujeto psicológico (y tal vez psicoanalítico).

DESDE UNA POSTURA FOUCAULTIANA, las feministas posmodernas centran el interés en el ejercicio del poder que se ejerce en múltiples direcciones, no sólo según el lugar social dado a los sujetos del discurso en la formación social e ideológica correspondiente sino también en los diferentes contextos situacionales. Con Foucault entienden el género en los mismos términos que otras variantes (clase social, raza, conocimiento) que presiden el ejercicio del poder, que a su vez condiciona las diferencias identificadas en los discursos de mujeres y hombres.

Gaddol y Swan (1989) proponen situar la relación lenguaje-género dentro de la discusión sobre las prácticas discursivas que reproducen la ideología dominante y ayudan a recrear las desigualdades en el mundo social. Piensan que aun los lingüistas que ignoran esta dimensión de su objeto de estudio contribuyen, con o sin conciencia de ello, a mantener las desigualdades entre los sexos (Gaddol y Swan, 1989: 172-173). Sin embargo, ubican originalmente la relación lenguaje-género a partir de un modelo antropolingüista que los lleva a concebir el lenguaje como síntoma y no como causa de la desigualdad social y lingüística (la interpretación a la inversa parece evidenciarse en postulados del paradigma de la analogía). En planteamientos parecidos a los de Foucault, subrayan que el uso del lenguaje de poder por parte de los hombres no causa sino refleja el poder que les dan las instituciones; así, para estos autores resulta más verosímil la perspectiva asumida por el feminismo reciente que ha adoptado la teoría marxista como base de sus explicaciones sobre cómo las estructuras institucionales sociales y económicas sostienen una oportunidad desigual para hombres y mujeres (Gaddol y Swan, 1989: 136-139). Más adelante rescatan esta visión crítica al ponderar la

propuesta de McConnell (1984), quien no obstante que realiza su estudio desde la dimensión pragmática y psicolingüística, y sostiene que las diferencias genéricas se vinculan con “los roles sociales” aprendidos en la niñez, los interpreta como rasgos de la asimetría del poder que se manifiesta en el discurso (Gaddol y Swan, 1989: 170-171).

Por último, los planteamientos de Lyotard sobre el posmodernismo son recuperados por las feministas posmodernas que proponen un nuevo paradigma, que podría denominarse *de la performatividad* y que va de la conciencia sobre los usos del lenguaje diferenciados genéricamente (como señalaban los paradigmas de la analogía y la heterogeneidad) hacia la consideración de la teoría de la acción y de los actos de habla, según se explican en la pragmatolingüística a partir de Austin y Searle.

Esta postura parece iniciarse, dentro del debate feminista, en 1990, con la publicación de *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, de Judith Butler. Esta autora distingue entre una concepción del sujeto del discurso como determinado por su género, y otra en la cual se juzga que el sujeto tiene capacidad de acción, de alterar el *statu quo* al no adoptar las conductas discursivas que su género le señala como “apropiadas”; y asevera que el discurso es capaz de poner en la mira al sujeto ya constituido como dotado de albedrío y no en estado de impotencia ante el condicionamiento externo.

Con una articulación de los tres modelos encontramos los planteamientos de Deborah Cameron (1995 y 1993, Conferencia Magistral de AILA en Amsterdam, *op. cit.*) cuando concibe toda emisión discursiva como práctica social en relación con el poder. Posteriormente, al incorporar las propuestas de Pêcheux (aunque sin darle crédito) y de Foucault (dándoselo), adopta ideas de la Escuela Francesa de Análisis del Discurso sobre la incidencia de la formación social y de la formación discursiva, del lugar que ocupan los sujetos del discurso en la estructura social correspondiente, y el reconocimiento del discurso como condicionado por “prácticas sociales”. Cameron (1995: 41-44) sostiene que si el feminismo ha de promover un cambio no será acerca de la forma de hablar de la mujer sino de las instituciones que sostienen ideologías que la oprimen. En este sentido, recurre a formulaciones de Voloshinov y Kristeva para apoyar su rechazo al determinismo lingüístico y cultural. Igualmente observa que en las posturas lacanianas también se sobrevalúa al lenguaje sin reconocer su indivisibilidad de otras prácticas sociales (cf. Gaddol y Swan, 1989: 146, 158-159 y 162-163). Asimismo, Cameron (1995: 49) asume los postulados posmodernos de Judith Butler acerca de la reconceptualización del género y propone que se analice el *script* cultural que rige las prácticas discursivas en cada contexto, con el fin de descubrir los mecanismos mediante

los cuales se construye socialmente y tiende a perpetuarse la desigualdad genérica. Su postura se define en el sentido de que las mujeres y los hombres construimos y reproducimos continuamente lo femenino/masculino y que cada vez que en una práctica discursiva una mujer o un hombre reproducen las formas que su comunidad señala como propias del habla de cada género, está contribuyendo a que la diferencia se consolide.

Apertura del debate: crítica a las críticas

Al revisar aportaciones de Boas y de Sapir sobre este cuestionamiento etnológico, Gaddol y Swan establecen que se vuelva a reconocer el uso de la lengua como reflejo de lo social, que en este caso es la posición desigual de la mitad de la especie humana, lo cual se manifiesta en la omisión en muchas lenguas del género femenino, supuestamente nombrado en un neutro en masculino, y en el refuerzo de diferencias entre los patrones de pronunciación (enfocados por Trudgill y Labov) como muestras de un problema mayor, la división del trabajo en sociedades donde se margina a la mujer al ámbito de lo doméstico.

Por su parte, Walby (2002: 50-63) sostiene que las críticas posmodernas y postestructuralistas han ido demasiado lejos al trasladar el concepto teórico central de la *estructura* al *discurso*, y negar la posibilidad de adjudicar la desigualdad genérica como consecuencia de procesos macrosociales, los planteamientos posmodernistas ofrecen una concepción del poder exageradamente dispersa; por ende, dejan implícita una actitud de derrotismo que se manifiesta en afirmaciones sobre la imposibilidad e inutilidad de investigar la desigualdad de género.

Del mismo modo, Barret, al identificar como rasgo central de las críticas postestructuralistas su oposición a la consideración marxista sobre la preeminencia de las relaciones económicas, encuentra nuevas “debilidades” en aquéllas: no toman en cuenta el contexto, es decir, no parten de consideraciones sociológicas que ubican al posmodernismo como “un fenómeno del capitalismo postindustrial, determinado de un modo decisivo por la revolución de la microelectrónica y por la globalización de las comunicaciones y de los sistemas de información” (Barret, 2002: 218). En este contexto ha de ubicarse una “vuelta a la cultura” del feminismo más reciente “como prueba de un interés que se inclina más por la interpretación y la simbolización que por los enfoques más clásicamente sociológicos” (Barret, 2002: 223).

Así, el debate sigue abierto...

A manera de conclusión

Para fines de este artículo, concluyo que al examinar la relación lenguaje-género han de revisarse las propuestas de explicación de la diferencia en el habla entre mujeres y hombres en estudios previos, a fin de ofrecer evidencia que las apoye o que permita refutar su validez. En las exploraciones antes referidas dentro de la investigación sobre lenguaje-género de "El habla de Monterrey", se parte de un presupuesto referente a que la diferencia genérica debe, por lo menos, correlacionarse con otras variantes, en nuestro caso, con el grado de escolaridad del emisor/receptor.

Por último, creo que lo aquí expuesto podrá ser utilizado no sólo al investigar el debate teórico-metodológico de la relación lenguaje-género sino al tiempo de realizar una planeación educativa, donde es importante hacer ver que los estereotipos sobre las diferencias genéricas refuerzan los criterios vigentes de socialización sexista, en lugar de promover su cuestionamiento.

Bibliografía

Aebischer, Verena

- 1985 *Les femmes et le langage. Représentations sociales d'une différence*, Presses Universitaires de France, París.

Austin, J. L.

- 1962 *How to do things with words*, Oxford University Press, Oxford.

Ayim, Maryann Nelly

- 1997 *The moral parameters of Good talk: A feminist analysis*, Wilfrid Laurier University Press, Waterloo, Ontario.

Barret, Michele

- 2002 "Las palabras y las cosas: el materialismo y el método en el análisis feminista contemporáneo", en Michele Barret y Anne Phillips, comps., *Desestabilizar la teoría, debates feministas contemporáneos*, trad. de Rosamaría Nuñez, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 213-231.

Bourdieu, Pierre

- 1985 *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Akal, Madrid.

Butler, Judith

- 1990 *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, Routledge, Chapman & Hall, Nueva York.

Cameron, Deborah

1995 "Rethinking language and gender studies: Some issues for the 1990s", en Sara Mills, ed., *Language and gender. Inter-disciplinary perspectives*, Longman, Londres, pp. 31-44.

1997 "Theoretical debates in feminist linguistic: Questions of sex and gender", en Ruth Wodak, ed., *Gender and Discourse*, Sage, Londres, pp. 21-35.

Dell Hymes y John Gumperz

1972 *Directions in sociolinguistics*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York.

Gaddol, David & Joan Swan

1989 *Gender voices*, Blackwell, Oxford.

Grice, Paul

1989 *Studies in the way of word*, Harvard University Press, Cambridge.

Gumperz, John J.

1982 "The linguistic basis of communicative competence", en Deborah Tannen, ed., *Analyzing discourse: Text and Talk*, University Round Table on Languages and Linguistics 1981, Georgetown.

Houdebine, Anne-Marie

1985 "Insécurité linguistique, imaginaire linguistique et féminisation des noms de métiers", en Verena Aebischer, ed., *Les femmes et la langue. L'insécurité linguistique en question*, Presses Universitaires de France, Paris, pp. 155-176.

Irigaray, Luce

1993 *Je, tú, nous, toward a culture of difference*, trad. de Allison Martin, Routledge, Nueva York.

Lakoff, R.

1975 *Language and woman's place*, Harper & Row / University of Notre Dame Press, Nueva York y Notre Dame, Indiana.

Searle, John

1969 *Speech acts: An essay in the philosophy of language*, Cambridge University Press, Cambridge [versión española, *Los actos de habla*, Cátedra, Madrid, 1990].

Spender, D.

1980 *Man made language*, Routledge & Kegan Paul, Londres.

Tannen, Deborah

1982 "Ethnic style in male-female conversation", en John Gumperz, ed., *Language and social identity*, Cambridge University Press, Cambridge.

1990 *You just don't understand*, William Morrow, Nueva York.

Trudgill, Peter

1983 *On dialect-social and geographical perspectives*, Blackwell, Oxford.

Walby, Sylvia

- 2002 "¿Pos-Posmodernismo? Teorización de la complejidad social", en Michele Barret y Anne Phillips, comps., *Desestabilizar la teoría. Debates feministas contemporáneos*, trad. de Rosamaría Núñez, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 45-66.

Zimmerman, D. H. y C. West

- 1975 "Sex roles, interruptions and silences in conversation", en B. Torne y N. Henley, eds. *Language and sex: Difference and dominance*, Newbury House, Rowley, Mass.